

NEOLIBERALISMO Y SENTIDO COMÚN. DESPOLITIZACIÓN Y REPOLITIZACIÓN DE LA CUESTIÓN SOCIAL

DOSSIER

ESTELA GRASSI - estelagrassi@gmail.com
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani

FECHA DE RECEPCIÓN: 27-4-19

FECHA DE ACEPTACIÓN: 2-5-19

Resumen

Este artículo presenta una interpretación de la estrategia política que contribuyó al resurgimiento, en Argentina, de un sentido común neoliberal y a la recomposición de un régimen social y de acumulación cuyos basamentos arraigan en el pensamiento económico del neoliberalismo. Parte de la hipótesis según la cual esa ideología entraña la despolitización (naturalización) de la vida social. Por eso, la pobreza resulta ajena a ella, consecuencia de errores de la intervención política y la “ayuda” se justifica solamente cuando el pobre es meritorio. Seguimos las expresiones políticas que circulan en el espacio público, donde se hallan las interpretaciones que permiten comprender las decisiones de políticas como consecuencia lógica de un modo de ver y estar en el mundo, representado y vivido por la elite de gobierno. Organizamos la exposición siguiendo dos procesos simultáneos: la *despolitización* de la cuestión social y su *repolitización* en torno al miedo y en términos de los problemas de inseguridad, crisis y desorden.

Palabras clave: Neoliberalismo, cuestión social, despolitización, repolitización.

NEOLIBERALISM AND COMMON SENSE. DE-POLITICIZATION AND REPOLITICIZATION OF THE SOCIAL QUESTION

Abstract

This article presents an interpretation of the political strategy that has contributed to the resurgence, in Argentina, of a neoliberal common sense (a vision of the world, a way of life and a sense of the justice) and to the recomposition of a social regime and an accumulation system based on the neoliberal economic thought. According our hypothesis this ideology involves the de-politicization (naturalization) of social life. Therefore, poverty is foreign to it and becomes the result of inadequate policies or political interventions, and the "aid" is justified only if the poor are

considered worthy. We rely on the political expressions that circulate in the public space. There are interpretations that allow us to understand political decisions as a logical consequence of a way of seeing and being in the world, represented and experienced by the government elite. We organize the exposure by following two simultaneous processes: the depoliticization of the social issue and its re-politicization, a process in which fear becomes a central operator, fueled by the emphasis on insecurity, crisis and disorder.

Keywords: Neoliberalism, social question, de-politicization, re-politicization

Introducción

Este artículo presenta parte de los resultados del trabajo de investigación realizado en el marco de un proyecto UBACyT desarrollado en el IIGG entre 2015-2017 y extendido a continuación. Expone una interpretación de la estrategia política que contribuyó a la remergencia de un sentido común neoliberal (una visión del mundo, un modo de vida y un sentido de lo justo) y a la recomposición de un régimen social y de acumulación cuyos basamentos se arraigan en el pensamiento económico del neoliberalismo.

Parte de la hipótesis según la cual esa ideología entraña la despoliticación de la vida social. Esto es, la naturalización de la sociedad como conjunto de individuos cuya existencia y pertenencia depende de sí mismos y de sus disposiciones. Por derivación, los estados de necesidad que deben asumirse colectivamente, son los que se originan en factores que no se consideran propiamente sociales (enfermedad, desamparo, orfandad). En el mismo sentido, el estado de carencia económica de una parte de la población resulta ajeno a la naturaleza de la sociedad, consecuencia de los errores de la intervención política y se justifica la “ayuda” solamente cuando el pobre es meritorio. Es decir, si se esfuerza por salir de su estado de carencia, por lo que ésta sólo puede ser selectiva.

El proyecto político neoliberal que, desde 2015 retornó como gobierno del Estado, se inscribe en una larga disputa por la hegemonía que se lleva no sólo como contienda por el gobierno, sino por los principios y valores que lograron arraigo en los modos de representarse la sociedad a sí misma. Fue en la última década de 1990, durante un proceso que tuvo a un gobierno peronista como principal posibilitador (Grassi, 2004), cuando el neoliberalismo se impuso como política de

Estado y en el sentido común, dando lugar a transformaciones en las instituciones y a profundas divisiones sociales que no lograron saldarse en el interregno político que siguió a la crisis política y económica de 2001. La sociedad argentina se alejó, entonces, de un imaginario que la diferenciaba de otros países de la región, se profundizaron las distancias sociales –económicas y culturales- y se hizo más heterogéneo y desigual el mundo del trabajo. Son esas distancias que se mantenían en sordina durante los casi 15 años siguientes a aquella crisis, las que lograron volver a la luz e imponerse como cultura hegemónica y como gobierno. Cambiemos no trajo la novedad del neoliberalismo, sino que reinterpreta y representa la continuidad de esa ideología, que resiste fuertemente al achicamiento de las brechas y distancias sociales.

En nuestra investigación seguimos las expresiones públicas de los diversos agentes que llegaron al gobierno y hallamos allí, precisamente, una interpretación de las diferencias y desigualdades en términos de otros no reconocidos como compatriotas (ni congéneres), y de un individualismo fuertemente negativo que, a su vez, conecta con las políticas de gobierno que pueden comprenderse, entonces, como consecuencia lógica de un modo de ver y de estar en el mundo. Es decir, del mundo como es representado y vivido por la elite de gobierno.

Organizamos la exposición siguiendo dos procesos simultáneos: la *despolitización* de la cuestión social. En simultáneo, su *repolitización* giró en torno al miedo y en términos de los problemas de inseguridad, de crisis y de desorden. En conjunto, estos términos ordenaron e hicieron inteligible el discurso político del proyecto de la Alianza Cambiemos -principalmente del PRO, que constituye su núcleo- y fueron configuradores de la estatalidad presente.

Despolitizar para repolitizar la cuestión social

Como advertimos, la estrategia de despolitización tiene antecedentes en la política del neoliberalismo de finales del siglo pasado y se conjuga con el clásico sentimiento popular de desmerecimiento de la política como práctica ajena a la vida social. “No me interesa la política”, “a mí la política no me da de comer”, son dichos populares. Son, también, expresiones de impugnación de los políticos, como individuos poco confiables, engañosos y corruptos. En aquel momento, el debate

de ideas políticas encontraba reemplazo en la confrontación de datos técnico-estadísticos sin salirse del molde ideológico y conceptual del programa neoliberal, como representación única de la realidad. En el período de arribo¹ de Cambiemos al gobierno, el discurso político despolitizador fue radicalmente diferente al vaciarse de todo contenido racionalizador. Sus ejes fueron: la licuación de las divisiones sociales en la unidad de los argentinos amenazada por los enfrentamientos y comportamientos de particulares del campo político; el soslayo de la historia; el desacople entre lo dicho-informado y la realidad empírica; la erradicación de colectivos y la particularización sujeto de la comunicación política; la trivialización de los asuntos de interés público y la atracción del interés del público en la familia y cotidianidad de quien es responsable último de la conducción del Estado.

Primero, la grieta

“La grieta” se construyó como metáfora despolitizada (vaciada de trascendencia histórica) de las divisiones sociales y los intereses contrapuestos, y fue una forma de elusión del debate propiamente político, reducido a querrela extrema entre y por particulares.

En 2008 y recién iniciado el primer gobierno de Cristina Fernández, se produjo el conflicto que se popularizó como la *crisis del campo*, por la fijación de retenciones móviles a las exportaciones agropecuarias. La medida aglutinó a una oposición muy heterogénea. Tras las organizaciones patronales más poderosas, como la tradicional Sociedad Rural Argentina, hicieron fila los productores medios reunidos en la Federación Agraria Argentina, hasta partidos de izquierda radical, como el Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST), Izquierda Socialista (IS) y la Corriente Clasista y Combativa (CCC) (Pagina/12,16-07-2008). Los errores políticos del gobierno contribuyeron a esa unidad, al no tomar en cuenta las desigualdades entre el complejo agro-industrial exportador y los distintos estamentos agrarios que se vieron involucrados en la medida. Y al no tomar debida

¹ Téngase en cuenta que parte de esta estrategia cambiará a partir de la agudización de los problemas de la economía (devaluación, inflación, etc.) en 2018 y en el contexto pre electoral de 2019.

nota del imaginario que pervive de una Argentina agrícola, que permitió aunar en la representación de un idílico “campo” a grupos con intereses irreconciliables, y de la que se sintieron parte hasta sectores urbanos. Esos acontecimientos fueron un hito significativo porque permitieron, en adelante, instrumentar discursivamente la lucha política como *la grieta* que, si primero fue con *el campo*, más tarde se simplificó como kirchnerismo y antikirchnerismo o gobierno versus oposición en general, invertida con el nuevo gobierno, cuanto toda y cualquier oposición política, reclamo o movimiento de protesta, se sindicó como “kirchnerista”. Esta representación de la dinámica social y política no guarda correspondencia con una realidad mucho más heterogénea y matizada, pero es eficiente a la hora de producir categorizaciones de sentido común que ordenan las percepciones de la realidad.

Las desigualdades, la diversidad de intereses contrapuestos, las disputas por la distribución, es decir, las diversas divisiones sociales que amenazan la existencia de la sociedad y que la política procesa, se fueron trasmutando en esa única división *amenazante de la unidad de los argentinos*: la susodicha *grieta*, que reavivó el imaginario de una identidad homogénea y sin fisuras.

Si del lado de los modos y estilos de hacer del gobierno anterior se incapacitaba a la política para procesar las diferencias, desestimando las coincidencias en la diversidad de interpretaciones de los problemas y soluciones, del lado de la alianza que lograría gobernar desde 2015, se configuró un discurso y un estilo con dos registros, que entretejía pacifismo y violencia (verbal), como cara y seca de la misma estrategia. Una postura gandhiana en las expresiones gestuales de los líderes políticos (que hablaban poco y nada de política), transcurría sobre un palabrerío tumultuoso, irrespetuoso y verbalmente muy violento que circulaba por las redes sociales y que alimentaban también algunos periodistas de programas televisivos y de medios escritos.

La atribución al estilo de la presidenta Fernández como causante de la grieta, por sus discursos de abierta confrontación², se hizo funcional e impuso la necesidad del cambio. Se trataba básicamente de cambiar de imagen, de estilo (¿de género?),

² Esta focalización en Cristina Fernández se acentuó después de la muerte de Néstor Kirchner, a quien hasta entonces se tenía por el poder detrás del trono.

para *unir a los argentinos*. Si sus presentaciones reproducían las formas y estilos políticos clásicos (pre-neoliberales), propios de los actos de masas, y proponían proyectos de sociedad, expresaban y distinguían intereses, daban argumentos, confrontaban; el empresario exitoso, Mauricio Macri hacía promesas de unidad y felicidad y llamaba a que “cambemos”, con un estilo más acorde con la pos-política de la pos-modernidad. En ese mismo tono, incorporaba promesas vagas: terminar fácilmente con la pobreza y la inflación.

Del relato al vacío de historia

El término *relato* se había impuesto como impugnación sarcástica del discurso político del gobierno anterior y de lo que la presidenta presentaba como “el proyecto”. Este se interpretaba como una fantasía que se exorcizaba por la verdad portada por Mauricio Macri: “venimos con la verdad” fue la frese reiterada por él y su equipo, como presentación de su candidatura y luego, como justificación de las medidas tomadas, ya en el gobierno. La inaudita intervención del INDEC por parte del gobierno anterior, daba pábulo a la descalificación, tanto como crédito a la promesa. El *relato* (con datos no fiables) tenía en frente *la verdad* (sin datos) de Cambemos, porque si las estadísticas oficiales eran increíbles, la verdad se demostraba por sí misma. Aquella intervención dañina que desestimó los saberes del Estado, contribuyó a la pérdida de credibilidad de sus ejecutores e hizo creíble el discurso de la verdad como pura revelación y cuestión de fe.

Ahora bien, el relato que respalda y con que se presenta cualquier proyecto político, no es por sí falsificación o mentira, sino presentación de una visión de la realidad que enraíza las metas que ofrece en alguna tradición que le da sentido, con sus próceres fundadores, y en la que se eslabonan los acontecimientos significativos hasta el presente y su proyección hacia el futuro. En la disputa política se confrontan relatos y podría decirse que no hay proyecto político que no conlleve un relato, al mismo tiempo ideal y pretendidamente verosímil, que distingue pertenencias, delimita el “nosotros”; narra (relata) una historia en la que hay antecesores, rememora y remite a algún pasado glorioso o heroico y lo

proyecta al futuro. En el relato se eslabonan las metas a los acontecimientos significativos de esa tradición.

Por eso, podría decirse también que el discurso que avala el proyecto de Cambiemos carece, propiamente, de un relato completo, porque carece de profundidad histórica y no porque tenga algo que ver con verdades objetivas. Es, más bien, la utopía de un nirvana, para la que el pasado es sólo un cúmulo de errores que deben dejarse atrás o, cuando ya los indicadores económicos y sociales son críticos, corregirse con sacrificios.

El pasado que se evoca tiene una carga negativa (la “pesada herencia”, los 30, 50, 70 ó 100 años “de vivir de prestado”) y, contrariamente, se convoca a olvidarlo, a dejarlo atrás, al punto que los próceres que ilustraban los billetes fueron reemplazados por figuras de animales.

En su visita a Jujuy el Presidente afirmó que “por primera vez en 100 años”, Argentina “comienza a caminar” (La Gaceta de Jujuy, 03-02-2018). Y en el Discurso de apertura de las sesiones ordinarias del Congreso de la Nación del mismo año, apuntó a que la inflación “nunca más sea un instrumento de la política como lo fue en los últimos 70 años [...] Vamos rumbo a un increíble futuro (La Nación, 01-03-2018).

390

Los acontecimientos históricos son desestimados (los 100 años previos a Cambiemos son banalizados y olvidables). Los actos de conmemoración de los hitos de independencia, por ejemplo, remontan a un pasado sin gloria, se volvieron formales, celebraciones privadas de las autoridades y sus familias, carentes de la emotividad que reactualiza los sentimientos de pertenencia³.

En resumen, el proyecto político de Cambiemos se sostiene en la proclama de una utopía sin arraigo en nuestra historia, sin una tradición de donde emane el sentido del “futuro que nos merecemos los argentinos” (según reitera habitualmente el presidente) y lo hilvane a un relato más heroico que la “vuelta al mundo” de los negocios, de las finanzas o del glamour de la realeza europea que visita el país o con la que departen el presidente y su esposa en los encuentros protocolares

³ En su discurso por el bicentenario de la independencia el presidente señaló que “Los ciudadanos que declararon la Independencia no eran superhombres. Seguro tuvieron miedo y angustia”. Durante el acto compartió su sitio con su familia y con el rey de España (La Nación, 09-07-2016).

cuando son ellos los visitantes). Esa ausencia (o ese pasado más bien vergonzante) se corresponde con la política de la despolitización de un antes (el que dejaba el período kirchnerista) que, a la inversa, estaba saturado de historia y recargado de símbolos y del que el cambiemismo resultaba su contracara más liviana y, también, más trivial.

La realidad en el discurso político

Remitirse al futuro por medio de un puñado de expectativas más o menos vagas (la lluvia de dólares, la pobreza cero o porque “vamos rumbo a un increíble futuro”) en detrimento de la historia y sus procesos, sustituyó a los argumentos políticos de las medidas de gobierno (qué se hace, cómo se hace, con qué consecuencias). “Haciendo lo que hay que hacer” (el eslogan de la publicidad de obras de gobierno) no deja lugar a alternativas y no necesita fundamentos.

En esas promesas y en las alusiones a la felicidad durante esos primeros años, resuenan los modos y contenidos de las nuevas formas de espiritualidad contemporánea que, junto con la estética festiva que tuvieron los actos de campaña completaron la puesta en escena de la nueva política. Una puesta alejada de los actos políticos clásicos y masivos que manifestaban la adhesión militante a los partidos tradicionales. Nueva en toda su línea, porque tampoco se asemeja al discurso tecnicista de los neoliberales de los años noventa ni a la frivolidad más vulgar del entorno menemista.

Por entonces, la figura del presidente Menem y su pertenencia al movimiento peronista sustentaba la confianza de quienes eran convocados a seguirlo; pero la explicación de la realidad material corría por cuenta de economistas (clásicos y ortodoxos) y por su exclusivo saber. Ellos la representaban con datos econométricos de difícil comprensión y refutación para el lego y de esa disputa solamente participaban con legitimidad otros economistas, pero no otros saberes ni otras disciplinas, confinadas entre “los que no saben de economía”. Los *think tanks* tenían la palabra, eran figuras populares y presentaban sus cuadros como única manifestación científica de la realidad.

No es el caso de esta novedosa puesta de la política, ya que su presentación discursiva pública hace caso omiso de la justificación empírica de la realidad que se presenta como verdadera. Verdad y realidad van por caminos paralelos y los datos empíricos –sean como sean contruidos- son irrelevantes, principalmente en las alocuciones e intervenciones de Macri, lo que no debe interpretarse como simple mentira, sino como indiferencia estratégica. Una indiferencia estudiada (coacheada), incluso en las propias exposiciones de los ministros ante el Congreso de la Nación, aunque esa desaprensión le calce como un guante al estilo del presidente. Por eso, por ejemplo, sin ruborizarse podía afirmar que “bajamos drásticamente la inflación”, justo cuando el INDEC anunciaba que había trepado al 40%, luego de la primera devaluación y aumento de los servicios básicos, en el primer año de su gobierno.

En nuestro país es más reciente la incorporación de especialistas que tienen la función de entrenar a los políticos, cuya labor trascienda al público y que, además, integren formalmente el equipo de gobierno. Es el papel de Alejandro Rozitchner, quien da precisiones acerca de la lógica política de esta estrategia de indiferencia:

Hay especialistas que hacen el seguimiento de temas más duros, los que tienen necesidad de datos, vinculados a la Fundación Pensar. Es un equipo joven. En general, no manejamos muchos números en el discurso de Mauricio, se trata más bien de aclarar ideas de fondo (La Nación, 31-01-2016).

Esta manera de comunicar/se no es mera improvisación sino resultado de una elaborada estrategia que evita hablar de política haciendo política, al tiempo que reafirma decir “la verdad”. Una verdad en la que creer, pero no se puede probar, por lo que los hechos concretos deben quedar fuera de la comunicación. En 2015 trascendía públicamente cómo se preparaba a los equipos de campaña:

“No expliques nada”, le habría recomendado, entre otras cuestiones, Durán Barba al futuro presidente del Banco Central, Federico Sturzenegger, quien luego incorporaba estas indicaciones a sus propias clases, en la Universidad de Columbia. “Si vos explicás qué es la inflación, vas a tener que decir que la emisión monetaria genera inflación, que entonces debería reducirse la emisión y que si hacés eso tendrías un ajuste fiscal donde la gente va a perder su trabajo y eso no

queremos que lo digas. Cuando seas gobierno hacé lo que vos creas, pero no lo digas ahora en medio de un debate" [...]. "¿Entonces qué digo?", reclamó Sturzenegger. "Decí que están mintiendo (los demás) con la inflación o decí cualquier cosa; hablá de tus hijos", habría sido la respuesta del consultor, en 2013, cuando Sturzenegger debía enfrentar un debate con Martín Lousteau y Carlos Heller (Clarín, 29-07-2015).

El sujeto (singular y amigable) del discurso político

La Argentina ha vuelto al diálogo. Los funcionarios de mi gobierno y yo personalmente seguimos tocando el timbre para escuchar directamente lo que la gente nos tenga para decir (sic). Discurso del Presidente, en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso Nacional (Clarín, 01-03-2017).

El sujeto al que se dirigen las alocuciones del presidente y funcionarios no representan nunca colectivos sociales. No incluyen sustantivos que nombren, convoquen o interpielen a sujetos reconocidos por alguna identidad derivada de sus intereses, necesidades y derechos comunes y, menos, contrapuestos o en tensión con otros. No hay trabajadores, ni siquiera pobres, a quienes se dirijan, pues la "pobreza (cero)" operó un borramiento de quienes viven bajo esa condición. Los interlocutores son siempre particulares sin pertenencia, identificados por una locación residencial que borra la desigual ocupación del espacio urbano (los vecinos) y el vocablo que interpela a los oyentes es un impersonal no social: "la gente". "La gente" resulta un conglomerado difuso del que son excluidos, sin embargo, quienes ocupan espacios públicos para sus trabajos informales o marchan en demanda de planes sociales o instalan sus ollas en los alrededores de Plaza de Mayo y, entonces, "molestan a la gente". Es esa exclusión la que furtivamente, sitúa a "la gente" en la estructura de clases, porque deviene una "clase de gente", un colectivo formado por "cada uno" de los que "juntos podemos". Así lo explica Rozitchner:

Con la gestión del presidente Macri "el sujeto nacional deja de ser la masa y pasa a ser el ciudadano, la persona". "No lo inventamos nosotros, somos los que lo estamos poniendo en práctica. Hay un giro de época en ese sentido.... Da lugar a

una situación a mi gusto infinitamente más sana y realista" (cita La Nación el diálogo con Vuelo de Regreso, La Nación en el aire, FM 106.7, 27-05-2016).

Cierto, no es un invento PRO, pues en el uso corriente *la gente* se distingue de quienes no lo son o son indeseables. En plan de ser más sanos y realistas, el discurso político se vuelve un discurso pueril, principalmente en boca del presidente y la vice presidenta), lo que no quiere decir ideológicamente inocuo, sino al contrario, pues es expresivo y reproduce el sentido común más llano, que sus comunicadores llevan hasta la grosería en los medios de comunicación. Sigue Rozitchner: "Mauricio plantea el liderazgo de un Estado menos ideológico y más real, al servicio de la gente" (La Nación, 31-02-2016).

Liviandad, optimismo y la convocatoria a ser felices, vinieron a reemplazar por entonces a los seños serios y profesorales de los comunicadores del entorno presidencial durante el gobierno de Cristina Fernández y sus propios discursos, versados en todos los temas de gobierno, a veces eruditos y casi siempre combativos, que le valieron ser *la loca* en el discurso misógino de los comunicadores y de las redes sociales. En cambio, "Este Gobierno [...] es como Batman [...] todo va a salir bien" (Rozitchner, en Animales Suelos. Cita Perfil, 20-03-2017).

Las promesas de buenaventura alimentaban la expectativa de una vida más tranquila, sin tanto combate, sin miedos, sin inseguridad, sin crisis, sin inflación y sin pobreza. Una promesa vacua y tranquilizadora de que "*todo va a salir bien*", a cargo de un superhéroe que venía a poner las cosas en su lugar sin pedir más que "trabajar todos juntos".

El reemplazo de algún sujeto por un conglomerado amorfo de individuos particulares convocados a juntarse en la comunicación política, deconstruye la política como el ordenamiento de una sociedad dividida (Lechner, 1984:182) para reducirla a tarea comunitaria o de club de amigos, menos aún que "una acción fundamentalmente instrumental" (p.181). No obstante, esta función le estaba reservada a "los equipos" de los que se ufanaba el Presidente, aunque sus decisiones beneficiaron y perjudicaron desigualmente a los sectores sociales diluidos en la gente o dejados fuera de ella, lo que llevó a cambiar la promesa de

felicidad por otra de sacrificio cuando el diluvio de dólares no inundó la Argentina y se sintieron los efectos del ajuste en la economía real y de los hogares.

La publicidad de la vida doméstica

La despolitización de los asuntos públicos operó también por otra vía más frívola: la publicidad de la vida doméstica del presidente y la recuperación del papel de primera dama de su esposa. Y conectada a su figura, la relación y comparación con figuras de la nobleza europea, expuesta como parte de la “vuelta al mundo” de la Argentina.⁴ Un papel que tiene otro matiz político-cultural cual es la proposición de un modelo de femineidad a través de la imagen pública de esposa ejemplar, pero no tradicional. En tiempos de efervescencia feminista y emprendedurismo, Juliana Awada representa a una mujer a la vez emprendedora (su marca Awada –a la que sumó Cheeky- es herencia de la empresa familiar) y también hogareña, que acompaña a su pareja sin participar del debate público. No obstante, en el portal oficial se creó un sitio de “Actividades de la primera dama”, que también la muestra en tareas filantrópicas.

Desde su matrimonio, siendo él jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, se fue intensificando el protagonismo de ella y luego de la pequeña hija de ambos, con una inusitada exposición pública desde la campaña presidencial y en los más diversos foros políticos locales y del exterior.

Algunos medios y revistas de consumo popular difunden los actos protocolares y giras presidenciales destacando “el look de la primera dama”, la presencia de la niña o las efusivas manifestaciones de afecto, aún en eventos internacionales formales, como una Asamblea de Naciones Unidas.

La primera dama eligió a Gino Bogani para que diseñara su traje en este día histórico: vestido manga corta de línea clásica y tapado de crêpe de lana, con doble cuello, ribeteado con micropasamanería de 9 milímetros (Crédito: Fernando Font, Presidencia y agencias).

⁴ Es notable la cantidad de miembros de la realeza europea con que interactuó la pareja en sus viajes o que visitaron la Argentina en este corto tiempo: de España (Juan Carlos, en 2016, y su sucesor, Felipe VI y la reina Letizia, en marzo de 2019); Holanda (Guillermo y Máxima), Noruega (Harald V y la reina Sonia en marzo de 2018), Dinamarca (Margarita II y el príncipe heredero Federico André Henrik Christian, en febrero de 2019).

(Epígrafe de una foto en los actos del Bicentenario, en Tucumán).

NUEVA YORK (Enviado especial). Antes de ofrecer su discurso en la ONU, el presidente Mauricio Macri fue el centro de todas las miradas: su esposa, Juliana Awada, le deseó suerte con un beso y la imagen circuló vertiginosamente en los sitios y en las redes sociales. Incluso, la foto fue difundida por la Presidencia” Se incluye la foto con el siguiente epígrafe: “El beso de Mauricio Macri y Juliana Awada antes del discurso ante la ONU (La Nación, 21-09 2016).

No es a través de Juliana el único modo de llamar la atención en lo doméstico. Una buena parte de la comunicación política estuvo centrada en el hogar del presidente, mostrándolo como padre y esposo amoroso. Así, se lo vio en sus cumpleaños, armando los arbolitos de Navidad con la niña o contando intimidades. Es que, como informaba La Nación, en Presidencia se creó una subsecretaría especial que en 2016, disponía de “un presupuesto de \$ 163 millones” y contaba con 30 personas cuidando las distintas cuentas que tienen en las redes el presidente y su esposa. “Julián Gallo es el consultor que [...] viraliza las actividades oficiales del Presidente y quien piensa también las fotos distendidas con Antonia” (La Nación, 10-10-2016).

Esta publicidad de la vida familiar va en línea con los cambios culturales profundos en los límites de la privacidad que se suceden desde hace décadas y se profundizaron y aceleraron con las redes sociales. Pero contiene otro mensaje político porque la imagen familiar y la femineidad de Awada se proponen como contraste con la figura de Cristina Fernández, representada como una mujer despojada de esos atributos y luego, para colmo, “sola”.

La mudanza de Mauricio Macri a la quinta de Olivos está programada para la segunda mitad de febrero y sus colaboradores trabajan contra reloj para alistar el lugar [...] hasta imprimirle “calor de hogar” al nuevo espacio. “Hay que pensar que durante muchos años vivió allí una mujer sola, con la dinámica que eso implica...”, dijo a La Nación un alto funcionario de la Casa Rosada al tanto de las obras. “Ahora se va a insertar una familia, y hay que acomodarla a ese nuevo esquema, agregó (27-01-2016).

Si la negativa de la ex Presidenta a ser la primera dama para ser primera ciudadana cuando Néstor Kirchner era presidente y ella senadora de la Nación, expresaba la participación política autónoma de las mujeres (que se rescataría también en algunos actos reivindicativos de figuras históricas como Juana Azurduy), la política de exposición de la vida familiar privada del Presidente Macri apoyada en “el magnetismo de una primera dama” restituye la figura fuera de época de la esposa que acompaña, pero también, la imagen de una mujer moderna que no pierde la compostura. No se trata de la esposa sumisa y oscura, sino una súper mujer (madre, moderna, elegante a más no poder, empresaria y hasta filántropa), aunque detrás y sosteniendo al primer mandatario. La mujer bella, sonriente, con su beba aupa y tomando la mano del marido, no opaca a la empresaria de la moda, sino que es la encarnación de la consigna PRO del “sí, se puede” ser, para el caso, una súper mujer. Un modelo de mujer actual que, sin embargo, ocupa su lugar, porque su estilo, belleza y elegancia son parte del éxito de su marido, de lo que él ha sido capaz de conquistar, además de la presidencia.

397

Repolitización y rearmado del campo problemático

Entre los riesgos y las incertidumbres propias de la sociedad contemporánea, el miedo se presta a su manipulación política cuando los peligros son sobredimensionados.

Aunque muchos piensan que las emociones individuales de la población determinan las políticas que pone en práctica el gobierno, yo no comparto esa certeza [...] La unidad del miedo no es pues, un artefacto de la psicología de masas; es un proyecto político que se elabora a través de las autoridades, la ideología y la acción colectiva (Corey Robin, en Boucheron y Robin 2016: 36-37).

La eficaz articulación de la oferta política y las demandas sociales (aquello que le “preocupa a la gente”) por la presencia de fenómenos relativamente recientes (mayor violencia social, robos más violentos, aumento del consumo y comercio de drogas) se dio por la incentivación del miedo frente a un as de problemas a los que la nueva política daría soluciones drásticas. Inseguridad, desorden y crisis fueron

constituidos en los verdaderos “problemas de la gente”, tanto porque abarcan aquellos fenómenos dañinos de la vida social cotidiana y son cercanos a la experiencia de la población en general, como por el trabajo político y cultural por presentarlos como principal amenaza y verdadero problema. Inseguridad y desorden se problematizaron y fueron objeto de distintas ofertas electorales en competencia⁵, en tanto que “la crisis” se presentó como virtualidad y justificación de las medidas que venían a conjurarla, una vez asumido el nuevo gobierno⁶. Mientras que “la pobreza” y “la inflación” se habían tratado con liviandad (su superación ocurriría no más tener la banda y el bastón de mando y abrir todas las compuertas al mercado), inseguridad, desorden y crisis se trataban en el tono grave de aquello en lo que se pondría el empeño y la fuerza, sin tolerancia alguna. Estos problemas no admitían las bromas habituales del Presidente, sino su tono serio y la dureza de su ministra de Seguridad.

El año pasado mi hija estuvo todo el año afuera del país. La extrañé muchísimo, pero me dio tranquilidad porque había una menos de qué preocuparme... En diálogo con radio Vorterix y radio La Red, el jefe de gobierno porteño reclamó por la inseguridad, habló del accionar de la Justicia y dijo que “así no se puede vivir” (La Nación, 03-04- 2014).

Ya en el gobierno, se dedicó a insistir en la amenaza que faltaba: “la quinta crisis terminal de los últimos 50 años” (La Nación, 02-12-2016), con más énfasis cuando las economías de los hogares se veían afectadas por la suba de los servicios públicos y la consecuente inflación.

Cuando el miedo se instala en la conciencia colectiva se puede perder capacidad crítica para reconocer el real alcance de los peligros y para prevenir los riesgos de manera razonable. Por el contrario, el miedo conduce a creer en las ofertas de

⁵ Además de Cambiemos, recuérdese los discursos de Sergio Massa. Incluso en agosto de 2017, el ex alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, famoso por su propuesta de tolerancia cero para el delito, visitó el país y acompañó a Massa en la presentación de su libro *Así lo hicimos* (Editorial Taeda, 2017).

⁶ También “la corrupción política” se presentó como aquello que el nuevo gobierno desterraría de raíz y sin contemplaciones. Pero la corrupción no genera miedo, sino indignación; no toca a la vida cotidiana, como puede ser un asalto, una hiperinflación o una crisis económica profunda. A este miedo como sentimiento subjetivo porque “no se puede vivir” o porque “nos están matando a todos”, nos referimos acá.

seguridad de quien dice tener el valor, la fuerza, los medios y/o las armas para enfrentar y eliminar los peligros (o a los peligrosos).

Si se reflexiona acerca de las promesas electorales, que garantizan una vida mejor para todos por medio de mayor flexibilidad de los mercados laborales, libre comercio, condiciones más atractivas para los capitales extranjeros, etc., se puede vislumbrar la amenaza de más inseguridad y más incertidumbre por venir. [Pero entonces el poder del Estado] puede ejercitarse luchando con “mano dura” contra el delito, construyendo más cárceles, poniendo más policías en servicio, siendo menos indulgente con los convictos y más con los sentimientos populares, haciéndose eco de la regla que afirma que una vez criminal, criminal para siempre (Bauman, 2001:60).

Bauman no se refería a Argentina ni a Cambiemos, sino a un régimen cultural-político-económico, en el que sí se inscribe el proyecto político que éste lleva a cabo. Cuánto más miedo, más se justifican y se demandan acciones inmediatas y contundentes que protejan de las amenazas, aunque esas acciones resulten peligrosas para los virtuales damnificados que se sienten amenazados y pueden ser, así, víctimas del rigor indiscriminado. Los ejemplos abundan, pero siempre parecen insuficientes: la portación de armas, la justicia por mano propia y el llamado “gatillo fácil” de las fuerzas mandadas a proteger de los peligros, muestran que nadie está exento de ser víctima, no sólo del delincuente, sino también de la bala destinada a éste o del posible error de ser confundido y/o acusado injustamente.

El miedo impide caracterizar y dimensionar los riesgos, discriminar los peligros, distinguir a los afectados y los grados de afectación y evaluar las cualidades de los medios e instituciones destinadas a prevenir los riesgos o minimizar los peligros. El miedo simplifica el problema y exige acciones y soluciones drásticas.

Por cierto, cada proyecto político ofrece conjurar alguna amenaza, real o virtual. El regreso del neoliberalismo de los noventa fue esgrimido como amenaza en la estrategia del oficialismo hasta 2015, evocando la desocupación y las privatizaciones de servicios públicos y del sistema jubilatorio que caracterizaron a ese período. En términos de Castel (2010) se trataba de conjurar “*riesgos sociales*” como hallarse desamparado frente a la pérdida del empleo o sin ningún trabajo, o

cuando la edad o las enfermedades llevan a las personas a ser dependientes. Sin embargo, esas “amenazas” (los riesgos sociales) perdieron la partida frente a estos otros peligros: el de la inseguridad, provocada por la droga y el narcotráfico y representada por los “pobres peligrosos” y la inmigración indiscriminada; y el de la crisis terminal que se avizoraba por la irresponsabilidad de los populistas, el clientelismo político y el descontrol del consumo popular (y por todo aquello que pretendiera conjurar riesgos sociales).

La inseguridad de la gente

Una de las principales responsabilidades del Estado es cuidar la seguridad de los argentinos. Nos encontramos con un Estado débil, con Fuerzas de Seguridad mal equipadas, mal remuneradas, mal entrenadas y mal tratadas. [...]. Es por eso que los argentinos hoy tienen miedo y se sienten desprotegidos....Tenemos un muy preocupante panorama en materia de violencia, crimen, tráfico de drogas y de personas, producto de estas malas políticas. [...] Los argentinos juntos podemos lograr superar cada uno de estos problemas. No estamos condenados a vivir mal, a vivir tensos, a vivir con miedo e inseguridad [...] (Discurso del Presidente en la 134ª apertura de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación, 01 de marzo de 2016).

La amenaza de todos los flagelos que enumeraba el presidente encontraría un lugar en el espacio físico y social: indiscriminadamente, se encontraba en las villas y asentamientos y se representó por los pobres peligrosos sobre los que recayó, a la vez, la culpa de la violencia experimentada en la vida social cotidiana aunque allí la vida se volvió cada vez más insegura porque faltan las más básicas condiciones de salubridad e infraestructura urbana y porque se convive con la violencia ejercida por grupos que compiten por el control del territorio, al margen del Estado o en complicidad con algunas de sus agencias (Ayo y Jack, 2018).

Esta soterrada culpabilización se agudizó en los años siguientes al triunfo de Cambiemos, porque se rompieron las últimas resistencias al peligro que puede representar el propio Estado (sus “fuerzas de seguridad”). En la ideología que dejan trascender sus representantes, las víctimas de la desigualdad social (una

noción inasible para el neoliberalismo individualista) no son más que escoria que hay que separar:

El camino que hemos emprendido todos los días tiene un metro más de asfalto, una sala más, un pibe más que está preso", dijo Esteban Bullrich, cuando renunció al cargo de ministro de Educación de la Nación para proponerse como senador nacional por la provincia de Buenos Aires, cargo al que accedió con la mayoría de los votos y ejerce desde octubre de 2017 (La Nación, 08-08-2017).

En la línea del progreso neoliberal, el asfalto y la prisión tienen la misma jerarquía. En palabras de un ministro de Educación, la simetría cobra todo su sentido de ajenidad y ausencia de empatía.

La puesta en marcha de una política que se propuso luchar contra el narcotráfico aumentó el control y la intervención de las fuerzas de seguridad sobre las poblaciones pobres de manera indiscriminada y justifica la rudeza de su accionar y el irrespeto de los derechos, en la seguridad y tranquilidad de "la gente" (por default, los que no viven en la villa). Los primeros actos de ese tenor se manifestaron en la extrema violencia de algunos operativos en villas de la ciudad de Buenos Aires en las que operan grupos delictivos.⁷ Y luego, en lo que se popularizó como "doctrina Chocobar"⁸ y la defensa ciega del accionar de las fuerzas, bajo la consigna de que "*hay que cuidar a quienes nos cuidan*". La ministra de esa cartera, Patricia Bullrich, defiende con ahínco esta postura, aunque no hay entre los ajusticiados por las fuerzas estatales, traficantes o sicarios con los que se enfrenten.

401

⁷ En febrero de 2016 se denunció un operativo de Gendarmería en la villa 1-11-14 del Bajo Flores, durante el que fueron heridos varios niños que participaban de los ensayos de una murga. Oficialmente se informó de "dos gendarmes heridos" en el operativo, aunque claramente no podían ser los niños murgueros los causantes. No obstante, los gendarmes fueron visitados por la ministra de Seguridad, que no avanzó en la investigación de lo sucedido con los menores (La Nación, 11-02-2016)

⁸ La llamada "Doctrina Chocobar" se desprende del caso del policía que persiguió y mató por la espalda a un ladrón que hirió a un turista, cuando ya se había detenido. El policía fue procesado, pero el presidente de la Nación lo recibió en su despacho junto a la ministra Bullrich, en apoyo de su accionar y para "cuidar a quienes nos cuidan". Poco tiempo después, la policía de Tucumán hizo lo mismo con un niño de 11 años por no acatar la voz de alto y alejarse en la moto en la que se movilizaba con un amigo de 14 años, también herido. Son casos resonantes, no únicos.

Los otros peligrosos: la protesta social

La protesta social, manifestada en los cortes de calles por parte grupos con demandas puntuales y en las grandes movilizaciones policlasistas, por reivindicaciones comunes o conmemoraciones (el 24 de marzo, por el Nunca Más a un golpe militar), son acontecimientos característicos de las prácticas políticas en el país que suelen complicar la vida cotidiana en la ciudad de Buenos Aires, ya complicada por ser centro de una dinámica urbana intensa. Las manifestaciones, a la par que muestran el descontento de algunos, los enfrenta con sus otros habitantes y transeúntes, que ven más entorpecido su desplazamiento. Un incordio que afecta principalmente a las clases trabajadoras y medias, cuando se trata de movilizaciones parciales o de algunos sectores. Un problema de convivencia que pasó de la tolerancia (y el acompañamiento, en algunas manifestaciones) durante el gobierno del Frente para la Victoria, a incorporarse a los “desórdenes” que alteran la tranquilidad de “la gente”, incluyendo “elementos peligrosos”. “Piquetes y cortes: ciudades sitiadas”, titulaba La Nación una nota del 11 diciembre de 2016:

Sólo en la ciudad de Buenos Aires se registran unos 50 piquetes por mes (...) Con el cambio de gobierno se renovaron las esperanzas de que volviera la tranquilidad a las calles, pero, por desgracia, ha pasado un año y eso no ha ocurrido aún. El desamparo ciudadano se siente cada vez más profundo.

La puesta en vigencia de un protocolo (“antipiquetes”) de actuación de las fuerzas policiales en las manifestaciones públicas, no tuvo la eficacia esperada para controlar el descontento de una buena parte de la población, como se advierte en la queja de La Nación, pero sí habilitó la represión más violenta.

La protesta de comunidades mapuches que reclaman tierras se cobró la vida de Santiago Maldonado, desaparecido durante la represión a cargo de la Gendarmería y luego hallado muerto. El caso dio lugar a una importante movilización social, liderada por los organismos de derechos humanos, reclamando su aparición con vida. En la ocasión, la policía detuvo a manifestantes en muy oscuras

circunstancias que hicieron suponer la infiltración de los servicios de inteligencia⁹. Tiempo después fue asesinado el joven mapuche Rafael Nahuel, presumiblemente por un prefecto y por la espalda.

Igual violencia policial se vio cuando transcurría una manifestación frente al Congreso de la Nación para impedir la reforma de la fórmula de ajuste de los haberes previsionales, a fines de 2017. Tampoco se salvaron las mujeres que manifestaban durante el día del paro internacional del 8 de marzo, entre otros episodios. En todos los casos, el accionar policial fue desproporcionado y violatorio de las garantías constitucionales.

Se ha visto también escuadrones policiales ingresar a hospitales en los que había protestas de sus trabajadores y profesionales por los despidos; policías ingresar a las escuelas o algunas universidades del país, enorme cantidad de agentes pertrechados como para una guerra “cuidando” el edificio del Congreso de la Nación, rodeado de vallas, etcétera.

Algunos acontecimientos, principalmente los ocurridas en el sur, hicieron aparecer nuevos peligros por cuenta de dislocadas versiones (la presencia en el país de Abdullah Ocalan, un independentista kurdo, preso en una isla turca desde 1999)¹⁰ echadas a andar por las autoridades del Ministerio, la diputada Elisa Carrió y comunicadores que alimentaron un discurso belicista y llevaron a la detención injustificada de inmigrantes y hasta miembros de la comunidad musulmana.

Las interpretaciones dislocadas no dejaron fuera al estado de la economía, pues las protestas serían esgrimidas también como causantes del retraso en las inversiones que había prometido el presidente como “lluvia de dólares”. “*Para Macri, los conflictos afectan la llegada de inversiones*, daba a entender el Presidente, según La Nación (29-03-2017).

⁹ Días después fue convocada una “Marcha por la democracia” de apoyo al presidente, que éste agradeció a través de un video difundido por las redes sociales, porque se habría hecho “desde el corazón, espontáneamente, sin que haya habido colectivos, ni choripán” (La Nación, 01-04-2017).

¹⁰ En una nota publicada en La Nación, el 7 de diciembre de 2017, los especialistas Andrés Malamud y Martín Schapiro, desacreditan estos y otros disloques.

La crisis terminal

El peligro de una “crisis terminal” fue el más virtual de los peligros. No porque no existieran problemas en la economía, sino porque se construyó por sobre éstos. Si esos términos evocaban la hiperinflación de los años 1989-90 y de 2001, en este momento no aludía a problemas que se estuvieran viviendo, sino a la inversa, pues se trataba de problematizar lo que podía dejar de ser problema: la sobrevivencia o la satisfacción de necesidades más allá de esos límites. Aunque la inflación había vuelto a aumentar en los últimos años y aunque se pervivía el núcleo de la pobreza estructural, los esfuerzos por sostener la ocupación y el consumo interno mantenían distanciados a los hogares de los problemas estructurales de la macroeconomía. De ahí que la amenaza de la crisis terminal resultara, en realidad, ajena a la experiencia inmediata de la población y que se necesitara transformar esa experiencia de acceso a cierto bienestar en peligrosa, anticipo de una catástrofe y, finalmente, al goce en culpa.

La idea se remató con la de colapso energético y se conectó con la larga crisis económica y política de Venezuela conjugando escasez, violencia social, corrupción y dictadura. Lo decía el Presidente:

Yo me siento feliz y contento con lo que hemos logrado en estos dos años, sobre todo teniendo en cuenta el punto de partida. Estábamos al borde de llegar al lugar de Venezuela, al borde una crisis como la de 2001" (Clarín, 04-12-2017).

Lo de Venezuela vale para entender lo que pasó en la Argentina, porque no hay dudas de que caminábamos en esa dirección, destruyendo los equilibrios institucionales, la libertad de prensa (Página 12, 11-05-2017).

A la amenaza de una crisis económica abismal e inminente se sumó, entonces, la amenaza a la República. Y cuánto más difícil se hizo para el gobierno conseguir las inversiones prometidas y controlar el déficit fiscal y se volvía a endeudar al país, hasta recurrir al FMI, más intensa se hizo la referencia a la *crisis terminal* que se habría conjurado, causada por el desorden de las cuentas públicas, salvando a la República del autoritarismo y la corrupción. En ese punto, el desorden de las cuentas se encontraba con el desorden social, imponiéndose la necesidad de la

“cultura del orden” a cargo de la ministra de Seguridad, y de un cambio de hábitos de consumo de los sectores populares.

La necesidad de orden hacía contacto con la experiencia cotidiana de la vida en la ciudad, sobre la cual montar también la peligrosidad del populismo que –estos eran los argumentos- derrochaba recursos en planes sociales, dejaba entrar al país a cualquiera, liberaba a los delincuentes y permitía hacer de las suyas a *los planeros* que cortaban calles y rutas. La propuesta de control y orden se hacía, así, una alternativa deseable también para la parte de la población trabajadora que trajinaba cotidianamente la ciudad.

Ordenar y controlar la protesta social, ordenar y controlar el gasto y controlar el cumplimiento de requisitos por parte de los beneficiarios de prestaciones sociales, se convirtieron en las principales medidas de gestión, que se conjugaron con aquella incomodidad cotidiana y buena parte del sentido común social, aunque con escaso éxito para las autoridades. El despliegue inusitado de fuerzas policiales en las manifestaciones o en las protestas más acotadas y la autorización a amedrentar y actuar con violencia, no lograron disuadir las manifestaciones de protesta.

De igual manera, los cambios en la fórmula de cálculo de los haberes previsionales, los despidos de personal del Estado, las estrategias de “modernización” del Ministerio respectivo, los recortes en ciencia y tecnología, hasta la eliminación de ministerios, no horadaron el problema del déficit fiscal.

El Estado gastó más de lo que podía, y pasamos de las consignas de 2003 a 2007 desvalorizando los superávits, especialmente el fiscal, al descontrol fiscal de los últimos años. Y, obviamente, esa fiesta no puede continuar. Todos son conscientes, y no hay otro camino, pero hemos decidido hacerlo de forma gradual, y nos corren desde la ortodoxia diciendo que vamos “demasiadamente gradual” (sic). En el caso de las tarifas esa gradualidad no estuvo, si no, no vamos a tener ningún tipo de servicio. Pero vamos a ser lo más graduales posibles para cuidar a los argentinos. Hoy tenemos 1.300.000 empleados públicos más de los que había hace diez años, y ustedes han sido “recurrentes” (sic) con esto, informaron y dieron alertas, pero los que gobernaban no hicieron caso porque buscaban esconder la caída del empleo en el sector privado (entrevista concedida por el Presidente a La Nación, 20-03- 2016).

Entre los críticos estaba Nicolás Dujovne, entonces columnista estrella de La Nación, porque se tomaba deuda en lugar de ajustar los gastos. Luego, ya como Ministro de Hacienda él llevaría más lejos el ajuste, pero también el endeudamiento, en volumen y en años de compromiso¹¹, hasta comprometer la capacidad de decidir la política económica, subordinándola al compromiso con el FMI y al cumplimiento de un hipotético “déficit cero” (en los gastos primarios) acordado con el organismo.

Estrategias de reproducción y habitus de clase

La alusión a la irresponsabilidad en el uso de los fondos públicos rápidamente asociada a la cantidad de planes sociales y al retraso en las tarifas de los servicios públicos, fue enlazándose a la idea de la insostenibilidad de consumos *no básicos* accesibles para todos. Así, el gasto –y el déficit- se asoció al derroche del Estado y también al derroche privado; un problema de hábitos de aquellos que no forman parte de una elite cuyos privilegios se dan por descontado.

“Inversión vs. Gasto: por qué les cuesta tanto ahorrar a los argentinos” es el título de la nota escrita por Nery Persichini (economista de Inversor Global) para La Nación (24-10-2016), en cuya bajada se anuncia: “Mala costumbre - cambio de hábitos: Más allá de la inflación, existe una serie de prácticas que atentan contra la capacidad de la gente para atesorar parte de los ingresos”. Luego se exploya:

Lo cierto es que, a pesar de estos factores macroeconómicos que escapan al control del común de la gente, la imposibilidad de ahorrar unos pesos depende en gran medida de cómo se administran los ingresos”

Y enumera “los errores más comunes...”:

El “gasto hormiga” [son los] pequeños “gustitos” que uno se da cotidianamente, [...]

“No tener un registro diario de gastos” y aconseja una “planilla Excel”.

El mismo sentido tuvieron las declaraciones del presidente del Banco de la Nación, Javier González Fraga:

¹¹ Argentina emitió bonos en dólares a 100 años de plazo en junio de 2017 a una tasa de 8,25 por ciento anual.

Las cosas no se pueden hacer como uno querría y menos después de 12 años en los que se invirtió mal, se alentó el sobreconsumo, se atrasaron las tarifas y se atrasó el tipo de cambio; donde le hiciste creer a un empleado medio que su sueldo medio servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos e irse al exterior (...) eso no era normal, no digo si era bueno o malo, por supuesto que era bueno, pero no era sostenible (Clarín, 18-01-2017).

Distinta consideración merecen otras prácticas racionalizadas (otras estrategias de reproducción familiar). Carlos Melconian, el antecesor de González Fraga, respondió a la conductora Mirtha Legrand, que lo tuvo como invitado a la mesa de sus almuerzos televisivos que, "Como muchos argentinos, tengo dinero guardado en el exterior" y lo justificó, porque esa era una manera de asegurarse y dejar algo a sus hijos (12-06-2016).

El ex ministro de Energía Juan José Aranguren, quien aumentó y dolarizó las tarifas, era otro de ellos. "Todavía lo sigo teniendo [ahorros en el exterior] ya veré el momento [de repatriarlos]. A medida de que recuperemos la confianza", contestó a un conductor de radio que lo interpeló al respecto, poco antes de dejar el cargo (La Nación, 29-03-2018).

Si los "pequeños gustitos" son una "mala costumbre" de quienes tienen un "sueldo medio", el atesoramiento en el exterior resulta un comportamiento razonable de las elites económicas y una quimera en hogares de ingresos bajos, donde el hábito más racional puede ser el consumo presente de bienes y servicios para satisfacer necesidades improporrogables. Un consumo que puede interpretarse como una anomalía si lo normal es el orden naturalizado que permite a los funcionarios expresarse honestamente (no mentir) acerca de su patrimonio.

La ideología deja al desnudo los lugares sociales y la constitución misma del sujeto que expresa con naturalidad el punto de vista y la razonabilidad de sus comportamientos. Una razonabilidad coherente con la racionalidad de cada lugar del espacio social al que se pertenece. Un espacio estructurado por la desigual distribución de disposiciones (dominio de las reglas, sobre todo; capitales, redes, información), un cierto *habitus* para comportarse razonablemente (dispuestos para generar las estrategias posibles y adecuadas a la racionalidad de la clase o

grupo social al que se pertenece) (Bourdieu, 1990). Si la razonabilidad de los comportamientos económicos de unos y otros se inscribe en las desiguales posibilidades que estructuran el espacio social, su justificación se halla en la percepción de los privilegios, normalizados y naturalizados como un orden justo¹². Esa misma percepción de la justicia del orden dominante lleva a conceptualizar el esfuerzo extremo o las estrategias de sobrevivencia como méritos de las personas.

Juan armó esta parrilla en la puerta de su casa para los obreros de la zona. Así ellos almuerzan y él se gana una changa”, tuiteó la ministra de Desarrollo Social cuando participó de un “timbreo” en un barrio popular en octubre de 2017. El mensaje se acompañaba de una fotografía de la modesta oferta del trabajador y fue borrado después de las críticas recibidas (Clarín, 17-09-2017).

El sujeto de la sobrevivencia es también un sujeto de ese mismo orden, aunque ocupe los lugares sociales más privados de los capitales en los que se sustenta el privilegio. Igualmente hábil, entonces, para sobrevivir satisfaciendo mínimas necesidades diarias en esos lugares, cuyos recursos y reglas son desconocidas para las demás clases. Si, acaso, cada sobreviviente es un emprendedor lo es porque logra mantener su existencia con ocupaciones precarias. Desde el siglo pasado la investigación social se preguntó por las condiciones de vida de las poblaciones que, en América Latina, tienen vedada la posibilidad de acceder al mercado laboral. Los pioneros de estos estudios y quienes le dieron el nombre, Duque y Pastrana (1973), describieron las prácticas (redes y recursos) que movilizan los sectores populares para permitir la reproducción en tales condiciones. Luego, Hernando de Soto (1987) también pretendió ver allí estrategias emprendedoras por “otro

¹² Vale la pena esta referencia para completar la idea: varios portales de noticias, entre ellos Infobae (13-02-2018) y Clarín (14-02-2018), informaron y mostraron las fotos de los festejos del 60 cumpleaños del empresario farmacéutico argentino Alejandro Roemmers, dueño de los laboratorios homónimos, cuyo padre, fundador de los mismos, integró en 2017 el listado de multimillonarios de Forbes. Nada llamativo si no fuera que la fiesta, que duró tres días, se llevó a cabo en Marrakech, con un costo cercano a los seis millones de dólares. Los invitados (unos 600) tuvieron incluidos los pasajes aéreos y el hospedaje en hoteles de lujo. Eso sí, no debían llevar regalos, sino donativos destinados a causas benéficas. Todo esto ocurría al tiempo que los precios de los medicamentos trepaban libremente.

sendero” por el que no se desarrolló, sin embargo, un mercado libre, sino que se reprodujo la pobreza más agudamente.

Como halla Zizek (2003:366), la ideología puede “determinar el modo de nuestra experiencia cotidiana de la realidad”. Esto ocurre “cuando no sentimos ninguna oposición entre ella y la realidad”. Nada que ocultar, entonces.

Las intervenciones que citamos exponen con bastante claridad la representación de un orden justo. Ese es el trabajo de la ideología que, ahora en palabras de Rosanvallon (2012:116), “disuelve en la apariencia de algo evidente todas las críticas e interrogaciones de un orden justo”, y permite “la ostentación de principios que nadie puede impugnar” (p.140).

Conclusiones

Más allá de las cuestiones coyunturales que en 2015 llevaron al gobierno a la Alianza Cambiemos, nuestros interrogantes se dirigieron a la sociedad que hacía posible y legítimo un proyecto político que transformaría el Estado que se había ido configurando a continuación del estallido de la vida social al que había conducido una larga década de políticas neoliberales. Hallamos que los principios de comunidad, de lo colectivo, de lo que es común para todos, perdían vigor en favor de las distinciones y una *antisolidaridad* que, sin embargo, no cuestiona los privilegios. La apropiación del Estado por una elite de corporaciones económicas fue la consecuencia no advertida de esa *antisolidaridad*. Con ese sentido particularista y meritocrático armonizó una estrategia de despolitización (o antipolítica) de la Alianza Cambiemos. El resultado sería la reconstitución de un Estado más definidamente clasista, por la subordinación política de la integración de la sociedad al libre albedrío de los grandes capitales trasnacionales.

En lo que antecede mostramos la profunda redefinición del campo problemático que demanda la intervención del Estado. Esto ocurrió sobre la *despolitización* de la cuestión social, por la banalización del discurso político; y su *repolitización* en torno a otros temas y en otro tono: inseguridad, desorden y crisis se produjeron como las amenazas y fuentes del miedo y como los problemas de legítima intervención estatal.

Primero se trató de la trasmutación de las diversas divisiones sociales que amenazan la existencia de la sociedad en una única división *amenazante de la unidad de los argentinos*. Luego, la recuperación de esa unidad suponía *dejar atrás los errores del pasado* (la historia); desconocer sujetos que mantienen contiendas; dirigirse a *la gente* sin pasado común; predicar un destino venturoso. Sin embargo, ese destino emergía del *miedo* a la inseguridad, al desorden y a una crisis terminal. En ese contexto, al Estado ya no le corresponde ordenar intereses contrapuestos de una totalidad con un pasado común (una comunidad nacional), sino controlar amenazas; imponer una cultura del orden que tanto comprende los gastos del Estado, como el consumo popular y la protesta social.

En síntesis, el período analizado comprende el ascenso de un proyecto político que transformó el Estado desentendiéndose de la vida social, que prontamente llevó nuevamente al país a depender de las imposiciones del FMI. Ese desentendimiento se corresponde con una visión de la sociedad que reduce su trama compleja (las divisiones y diversos lazos) a intercambios entre particulares (gentes). No obstante, a través de lo que excluye el agregado de “la gente”, se filtra subrepticamente la división social tanto como la visión clasista del orden justo. En ese orden, los privilegios y los esfuerzos meritorios también expresan la división por la que una parte de “la gente” vive y manifiesta con naturalidad el privilegio de pertenecer, mientras de otra se espera que lo demuestre, esforzándose y comportándose austeramente.

410

¿Cómo se cita este artículo?

GRASSI, E. (2019). Neoliberalismo y sentido común. Despolitización y repolitización de la cuestión social. *Argumentos: revista de crítica social*, 21, 384-411. Recuperado de: [link]

Bibliografía

Ayos, E. y Jack T. (2018). La inseguridad desde abajo: postales sobre el “descontrol”. En E. Grassi y Hintze, S. (Coords.), *Tramas de la desigualdad. Las políticas y el bienestar en disputa*. Buenos Aires: Prometeo.

- Bauman, Z. (2001). *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Boucheron, P. y Robin, C. (2016). *El miedo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Bourdieu, P. (1990). Espacio social y génesis de las clases. En *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Soto, H. (1987). *El otro sendero. La revolución informal*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Duque, J. y Pastrana, E. (1973). Las estrategias de supervivencia de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria. Santiago de Chile: *Programa ELAS/CELADE*.
- Grassi, E. (2004). *Política y cultura. La otra década infame*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Lechner, N. (1984). Especificando la política. En J. E. Vega (Comp.), *Teoría y política de América Latina*. México: Libros del CIDE.
- Rosanvallon, P. (2012). *La sociedad de iguales*. Buenos Aires: Manantial.
- Zizek, S. (2003). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.